

de conversion. A mas de las obras de obligacion, que no podemos omitir aun en el estado de pecado sin hacernos reos de otro nuevo pecado, ¿no es justo que tratemos tambien por medio de obras de supererogacion de mover la misericordia de Dios, y aplacar su justicia? En este sentido se postraba Magdalena á los piés de Jesucristo y los regaba con sus lágrimas; el publicano pedia al Señor que tuviese misericordia de él; las oraciones y las limosnas de Cornelio, el centurion, habian subido hasta la presencia de Dios, y le habian hecho acordar de él. Pero cuidemos siempre de prevenir estas obras con muchos actos de contricion, y recurramos cuanto antes al sacramento de la penitencia.

VIGESIMO TERCER DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

La curacion milagrosa de la Hemorroisa, esto es, de una mujer que padecia flujo de sangre, ha dado el nombre de distincion á este domingo; podia tambien llamársele el domingo de la resurreccion de la nija de un jefe de la sinagoga, supuesto que el evangelio de la misa de este dia refiere la historia de estos dos hechos milagrosos, que dieron grande honor al Salvador, é hicieron callar por algun tiempo el odio y la envidia de los fariseos y de los escribas. La epistola contiene lo que san Pablo escribió á los fieles de Filipos, exhortándolos en términos muy

fuertes á que evitasen el trato de ciertos doctores falsos que, aprovechándose de su ausencia, no omitian nada para pervertirlos, predicándoles no la ley de Jesucristo, sino el puro judaísmo. Eran estos judíos convertidos, á la verdad, á la fe de Jesucristo; pero que no tenian de cristianos mas que el bautismo. Tenazmente encaprichados en sus ceremonias legales, sometian el Evangelio de Jesucristo á la ley de Moisés, y no siendo propiamente ni judíos ni cristianos, predicaban una religion monstruosa. El santo apóstol advierte á los fieles de Filipos, que se guarden de aquellos seductores, que no se alababan tanto sino para echar el polvo en los ojos de los simples; y despues de haber desmascarado su hipocresía, y manifestado el veneno que derramaban con sus errores, exhorta á los Filipenses á que no olviden las instrucciones que él les ha dado, y á que conserven acerca de la religion los mismos sentimientos y las mismas prácticas que él. El introito de la misa está tomado del profeta Jeremias, en el capítulo 29, en el que hablando el Señor á su pueblo por el profeta, le promete el fin de la cautividad y la vuelta á su querida patria. No puede darse una cosa mas consolante para los fieles, que la manera con que Dios se explica aquí para consolarnos en este lugar de cautividad y destierro.

No creais, dijo el Señor, que porque yo os dejo en la afliccion os haya olvidado, ó que yo quiera dejaros siempre en la cautividad y en el destierro. Yo pienso en vosotros, no como enemigo irritado, sino como padre; mis pensamientos son pensamientos de paz, y no de desolacion; reanimad vuestra confianza mas que nunca en mi bondad: *vosotros me invocareis*, y yo no perma-

neceré sordo á vuestros ruegos, *os oiré y os sacaré de la cautividad y de todos los parajes de la tierra.* El sentido literal de estas palabras es el fin de la cautividad de Babilonia despues de setenta años, y la vuelta de los israelitas á su querida patria por la cual suspiraban; y el sentido moral es el fin de las miserias de esta vida sobre la tierra, en donde los cristianos deben considerarse como en un lugar de destierro, y en donde las almas justas suspiran sin cesar por su patria celestial. El salmo que termina este introito concuerda perfectamente con esta profecía de Jeremias. Por fin, *Señor,* dice David, vos habeis tenido compasion de vuestro pueblo, *habeis dado vuestras bendiciones á vuestra heredad, y habeis puesto fin á la cautividad de Jacob.* Predice aquí el profeta el fin de la cautividad de los judíos en Babilonia, y le pide á Dios en nombre del pueblo. Todo este salmo 84 en el sentido figurado debe entenderse de la cautividad y de la redencion del género humano.

La epístola es una continuacion de la del domingo precedente, en la que exhorta san Pablo á los Filipenses á que estén siempre alerta contra los discursos artificiosos y seductores de los falsos apóstoles, cuya idea era aniquilar la ley cristiana sometiéndola á la de Moisés; y por esto no cesaban de desacreditar á san Pablo, diciendo por todas partes que no tenia ni carácter ni mision; que era enemigo de la ley, y que enseñaba una moral errónea. Del mismo modo han obrado despues todos los herejes, desacreditando en el concepto del pueblo á los santos doctores y legítimos pastores de la Iglesia, no omitiendo cosa alguna para hacer valer su secta y sus errores.

Imitadme, hermanos míos, les dice, *y observad á los*

que se conducen con arreglo al modelo que os he dado en mí mismo. Seguid mi ejemplo; obrad en orden á la observancia del sábado, de la circuncision y de las demás ceremonias legales, con los mismos sentimientos que yo, y no escuchéis sino á los que hablan del mismo modo que yo, y que imitan mi conducta; porque hay muchos que tienen otra conducta, que piensan y hablan de muy diferente manera que yo. *De estos es de los que yo os decia con frecuencia, y todavía os lo digo ahora con las lágrimas en los ojos, que son enemigos de la cruz de Jesucristo.* El santo apóstol habla de aquellos judíos convertidos en apariencia, que, sin carácter y sin mision, se ingerian á dogmatizar, hacian de apóstoles, y eran verdaderos hipócritas, que bajo la apariencia de zelo sembraban por todas partes el error; los cuales para evitar la persecucion de los paganos y el odio de los judíos mezclaban el judaismo con el cristianismo, y querian hacer pasar á los cristianos por una secta de judíos reformados. Por esto enseñaban la necesidad de la circuncision y la observancia del sábado, juntando las observancias legales al Evangelio. Los judíos no se cuidaban de perseguir á los que profesaban públicamente su religion; y los paganos nada tenian que decir contra una religion tolerada en el imperio, y autorizada por los edictos de los emperadores; pero por esta mezcla monstruosa el escándalo de la cruz desaparecia con respecto á los judíos, y la santa locura de Jesucristo crucificado quedaba proscrita con respecto á los gentiles. Esta es la causa porque el santo apóstol llama á estos falsos apóstoles enemigos de la cruz de Jesucristo y de su Evangelio. En efecto, no tiene el Salvador enemigos

peores que estos lobos revestidos de corderos, que estos falsos doctores que quieren pasar por apóstoles; seductores execrables, cuyo fin es la última desgracia, puesto que tendrán la suerte de los paganos, y que tampoco tienen otro Dios que su vientre. Este es uno de los motivos de su pretendido zelo y el fin de sus incursiones. Ellos recorren las iglesias, seducen á los sencillos para que les den bien de comer, y para vivir deliciosamente, porque no tienen otro Dios que su vientre, ni otros ejercicios de piedad que la glotonería. Gloríanse de lo que debería cubrirles de confusión; é ignorando las delicias del cielo, no tienen gusto mas que por las cosas de la tierra; gentes sensuales, espíritus terrenos y materiales, no suspiran mas que por las comodidades de la vida. Todos los falsos doctores en materia de religion no son severos mas que para los demás, al paso que son muy indulgentes para sí mismos.

Por lo que hace á nosotros, hermanos míos, continúa el santo apóstol, todo nuestro comercio es con el cielo, de donde tambien esperamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, que dará á nuestro cuerpo tan abyecto por sí mismo, tan extenuado por el ayuno, por la penitencia y por todo género de austeridades, una forma nueva, hasta hacerle semejante á su cuerpo glorioso, en fuerza de aquella accion, de aquella virtud con la que puede ejercer su imperio sobre todas las cosas. Aunque el puro amor de Dios haya sido siempre el gran móvil que ha hecho obrar á los santos, no ha dejado, sin embargo, de excitar su amor y su zelo la esperanza tan bien fundada de la felicidad celestial. Pidote, hijo mio, decia al mas jóven de sus hijos la madre de los Macabeos, pidote, hijo mio, que mires

al cielo, y te acuerdes de la recompensa que está prometida á tu fidelidad. San Pablo exhorta con frecuencia á los fieles á que se acuerden que no están en la tierra sino como viajeros y extranjeros, y que el cielo es su verdadera patria, y la Iglesia dirige á Dios esta afectuosa oracion: Haced, Señor, que entre la inestabilidad de las cosas de la tierra no pierdan jamás de vista nuestros corazones la mansion de los bienaventurados; y que siempre permanezcan fijos allí en donde se encuentra el verdadero gozo. La mansion de los bienaventurados, la celestial Jerusalem es nuestra patria; allí es donde reina Jesucristo nuestro Salvador, y en donde nosotros debemos reinar eternamente con él. Estando nuestro tesoro en el cielo, allí debe estar nuestro corazon. Los extranjeros y los viajeros se ocupan gustosos de su querida patria: un cristiano debe tener toda su vida su comunicacion con el cielo, no solo porque de allí es de donde nos vienen todos los auxilios, sino tambien porque allí es el término de nuestros trabajos, la saciedad de todos nuestros deseos, el dulce objeto de nuestra esperanza (1).

Asi que, hermanos míos muy amados, vosotros que sois el objeto de mis deseos, mi gozo y mi corona, estad siempre, amadisimos míos, como lo estais, unidos constantemente al Señor. Este elogio hace mucho honor á los Filipenses, y da una alta idea de su virtud; y san Pablo no podia al parecer alabarles de una manera mas delicada ni mas fina. Su constancia en la pureza de la fe, á pesar de todos los artificios de los falsos apóstoles, les habia merecido este aprecio y esta ternura del santo apóstol, de quien los Filipenses ha-

(1) Salm. 16.

cian en parte la gloria por su piedad que jamás se había desmentido, y por la regularidad de su conducta y la pureza de sus costumbres. Concluye la epístola exhortando á Evodia y á Syntica á que tengan armonia entre sí: eran estas dos mujeres de grande autoridad, que hacian grandes servicios á esta Iglesia, y que habían tenido algunas diferencias; y el santo apóstol las exhorta á la paz y á la union. Syntica está en el número de las santas, y el Martirologio hace mencion de ella el 22 de julio. Recomienda san Pablo al fiel compañero de sus trabajos apostólicos, que contribuya á su perfecta reconciliacion, y que provea á todas sus necesidades. Era este alguno de los mas considerables y de los mas acomodados entre los fieles de Filipos, cuyo nombre se ignora. Tal vez seria el obispo de Filipos; era el único, al parecer, á quien mejor convenia el que las asistiese en sus necesidades, y el restablecer entre ellas la armonia que se habia alterado algun tanto. San Pablo le recomienda á estas dos virtuosas mujeres que le habían ayudado en el ministerio evangélico, esto es, que habiéndose convertido desde el principio á la fe, habían contribuido despues mucho á la conversion de los demás. Como en la Grecia, y aun en todo el Oriente, las mujeres se presentaban rara vez en público, los apóstoles apenas podian trabajar en la conversion de las personas de este sexo sino por medio de las mujeres ya cristianas; y esto es lo que Evodia y Syntica habían hecho con mucho zelo y buen éxito, y esto es lo que san Pablo entiende cuando dice: *Asistelas, te ruego, á las que han trabajado conmigo, y me han ayudado en el ministerio evangélico con Clemente y los demás compañeros de mis trabajos,*

cuyos nombres están en el libro de la vida. No podia san Pablo dar una idea mas alta de la virtud y de la santidad de sus queridos compañeros, que, á lo que parece, componian el clero de aquella nueva iglesia. Es muy probable que el Clemente de que habla aquí el santo apóstol, es aquel san Clemente que fué tan fiel compañero de san Pablo, y que sucedió despues á san Pedro, despues de san Lino y san Cleto, en la cátedra de Roma, cuya fiesta celebra la Iglesia el 23 de noviembre.

El evangelio de la misa de este dia contiene dos milagros de Jesucristo, uno en favor de una mujer enferma de un flujo de sangre, y otro en el de uno de los jefes de la sinagoga, al cual le resucitó una hija.

Acababa el Salvador de librar á un endemoniado furioso de una legion de demonios, á los cuales habia permitido entrar en una piara de dos mil puercos que pastaban allí cerca, todos los que se precipitaron en el mar de Tiberiades, en donde se anegaron. Las gentes del pais, mas movidas de la pérdida de su piara que del milagro obrado en la persona del poseido, pidieron al Salvador que se retirase de su pueblo. El Salvador que no quiere permanecer sino con los que quieren estar con él, les dejó, y habiendo atravesado el lago, volvió de la parte de acá del Jordan á la Galilea. Apenas hubo desembarcado, cuando el pueblo que le esperaba en la ribera se reunió en rededor de él, manifestándole su gozo y el ansia que tenia de oírle.

Mientras que el Salvador hablaba al pueblo en la ribera, uno de los jefes de la sinagoga de Cafarnaum, llamado Jairo (era el rabino que presidia en las asam-

bleas), teniéndola una hija de cerca de doce años enferma sin esperanza de vida, atravesó por entre la muchedumbre, se acercó á Jesucristo, se arrojó á sus piés, le adoró, y le suplicó con instancia que fuese á su casa, porque habia dejado á su hija muriéndose, y acaso en el momento que hablo, añadió, habrá ya muerto. Pero con tal que querais tomaros el trabajo de venir á mi casa, y tocarla solamente con la mano, tengo una firme confianza de que infaliblemente le volveréis la salud y aun la vida. El Salvador, lleno de bondad y de complacencia, tratándose de hacer bien, no deliberó un momento, y partió con este hombre. Signióle todo el pueblo que se habia reunido en rededor de él. Como todos querian estar cerca de él, le estrechaban tan fuertemente, que no podia adelantarse sino con trabajo.

Estando en el camino llegó una mujer que habia doce años se hallaba muy incomodada con un flujo de sangre, sin haber podido conseguir alivio alguno, á pesar de todos los remedios que le habian administrado. Habiendo oido hablar de las maravillas que obraba el Salvador, concibió tan perfecta confianza en él, que decia dentro de si misma: Si puedo tocar aunque no sea mas que la fimbria de su vestido, quedaré curada. Ocupada de este pensamiento, se ingirió en la multitud, avanzó poco á poco por entre el tropel, y habiendo llegado detrás de él bastante cerca para tocar su ropa, tocó solamente la franja de que estaba adornada, segun el uso del país, y en el momento se sintió curada.

En efecto, el Salvador que no ignoraba lo que sucedia, se detuvo, y habiéndose vuelto, se dirigió á la mujer, y le dijo: Animate, hija mia, tu fe te ha

curado. El suceso verificó la palabra, porque ella no volvió mas á sentir su mal.

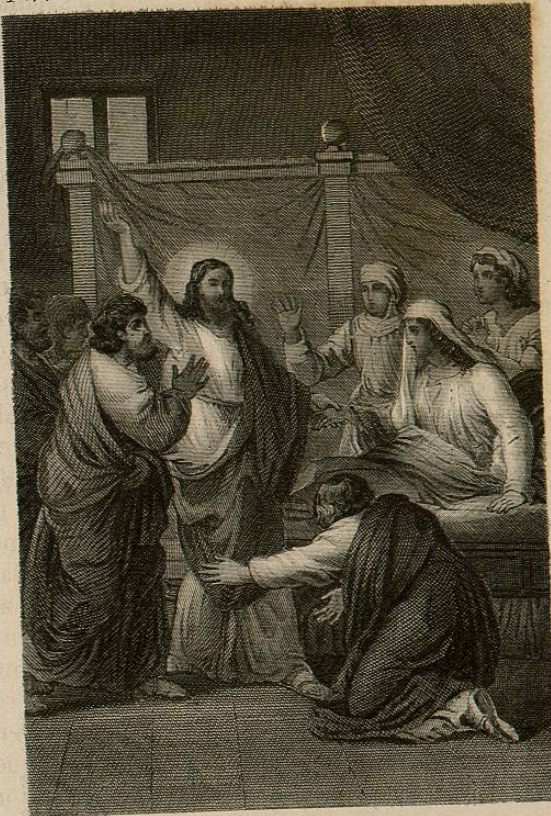
San Marcos añade que conociendo el Salvador en si mismo la virtud que habia como salido de él, se volvió á la multitud que le seguia, y dijo: ¿Quién ha tocado mis vestidos? A lo que respondieron sus discipulos: ¡Señor! este pueblo nos acosa de tal modo que nos oprime, y preguntais ¿quién me ha tocado? Yo sé bien lo que digo, replicó el Salvador; alguno hay que me ha tocado con una fé y con unas disposiciones interiores, muy otras de las de los que me oprimen; y diciendo esto, miraba al rededor de si, como para ver la persona que habia hecho esto. No obraba así porque ignorase lo que pasaba, sino porque queria que se supiese de la boca de la misma persona en cuyo favor acababa de hacer el milagro, la diferencia que hay de acercarse á él con una fe viva, ó acercarse sin disposicion. La multitud estrecha á Jesucristo, por decirlo así, en nuestras iglesias, en el altar, en la sagrada mesa; sin embargo, pocos le tocan de modo que merezcan ser curados.

Mientras que el Salvador hablaba á esta mujer, vinieron á decir al jefe de la sinagoga que su hija acababa de espirar, y que por tanto no era ya necesario que Jesus se tomase la incomodidad de venir á la casa para curar la enferma. Era muy viva su fe para que hiciese caso de semejante advertencia: llegó á su casa con el Salvador; no se oia en toda ella sino llantos, sollozos, gritos lastimeros. Los tocadores de flauta, que en aquel tiempo se hacian venir para cantar al son de sus instrumentos composiciones lúgubres y propias de los funerales, estaban ya allí.

Inmediatamente hizo Jesus que cesase todo aquel estruendo, diciendo: Retiraos, ¿porqué tantos llantos y tanto ruido? no lloreis, esta jovencita duerme, no está muerta. Quería decir el Salvador, que aun cuando estaba verdaderamente muerta, no era para mucho tiempo, y que el estado en que estaba no debía mirarse mas que como un sueño, del cual le era á él tan fácil hacer que saliese, como á cualquiera le es fácil el despertar á una persona que duerme. Mas los que estaban presentes no lo comprendieron, y se burlaron de él. Sin embargo decia verdad, porque una muerte á la que tan de cerca debía seguir la resurreccion, no debía mirarse mas que como un sueño. Luego que se hubo hecho retirar á todos, Jesus acompañado solamente del padre y de la madre de aquella jóven, y de sus tres queridos apóstoles Pedro, Santiago y Juan, entró en la cámara en donde estaba el cuerpo de la difunta, y tomándola por la mano, le dijo con un tono solo propio del soberano Señor de la vida y de la muerte: Levántate, hija mia; y en el instante se levantó viva y enteramente sana. Todos los que la habian visto muerta, testigos oculares de su resurreccion, quedaron al principio como atónitos, tanto les sobrecogió la admiracion; pero vueltos muy luego de su asombro, rompieron en gritos de alegría, en bendiciones y en alabanzas, que resonaban por toda la casa. Por mas que el Salvador les prohibió que hablasen de ello, dice san Marcos, inmediatamente se publicó el milagro por toda la ciudad, y todo el mundo admiró el poder extraordinario de este hombre Dios. El Salvador, dice un intérprete, prohibiendo que se publicase un milagro que no podia quedar secreto, no quiere, á lo que

T.V.

P. 440.



Levántate, hija mia; y en el instante se levantó viva y enteramente sana.

parece, mas que mostrar á sus ministros la humilde disposicion de corazon en que deben estar, cuando es del agrado de Dios obrar por medio de ellos conversiones extraordinarias, ó hechos milagrosos. Tal ha sido la disposicion interior en que han estado todos los santos, aun cuando hacian los mayores milagros; la santidad mas brillante es inseparable de la humildad.

Es una de las tradiciones mas antiguas que la mujer que fué curada del flujo de sangre, que la habia molestado por espacio de doce años, era de la ciudad de Pancades, por otro nombre Cesarea de Filipos, en la alta Galilea, hácia el nacimiento del Jordan. Los Griegos han dado á esta mujer el nombre de Verónica; y muchos han creido que despues de este milagro fué una de las discipulas del Salvador, y que hallándose en Jerusalem al tiempo de la pasion del Hijo de Dios, fué la que, viéndole abrumado bajo del peso de la cruz con que se le habia cargado, echó su velo ó su pañuelo sobre su rostro para enjugarle, en el cual quedó impresa la imágen del Salvador.

Eusebio dice haber visto en Cesarea de Filipos el monumento de esta santa mujer. Consistia este en su estatua de bronce, colocada sobre una columna de piedra, delante de la puerta de la casa en donde habia habitado. Estaba representada de rodillas, extendidos los brazos y en postura de suplicante. Enfrente estaba la estatua del Salvador, del mismo metal, en pié, y tendiendo la mano hácia esta mujer. El mismo historiador añade que en la base, bajo de los piés de la estatua del Salvador, nacia una planta de especie desconocida, cuya yerba crecia insensible-

mente como las demás, y que luego que tocaba á la franja de la ropa de la estatua, adquiria la virtud milagrosa de curar toda especie de males. Este monumento del beneficio del Salvador, y del reconocimiento de esta santa mujer, subsistió en aquella ciudad hasta el reinado de Juliano Apóstata. Hasta el principio del reinado de Constancio se habian contentado con trasladarla á la sacristía de la iglesia de la ciudad, donde era visitada por devocion de los pueblos mas lejanos; mas el impío Juliano que aborrecia hasta las imágenes del Salvador, no pudiendo sufrir este objeto de la veneracion de los fieles, hizo sacar la estatua fuera de la ciudad el año 362 por los paganos, quienes habiéndola arrastrado por las calles, la hicieron mil pedazos, de suerte que solo pudo salvarse la cabeza de la estatua del Salvador.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Perdonad, Señor, las ofensas de vuestro pueblo, á fin de de que vuestra gracia nos libre de la desgraciada servidumbre del pecado que nosotros mismos hemos contraido por la fragilidad de nuestra naturaleza. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epistola está tomado de la que san Pablo escribió á los Filipenses, cap. 3.

Hermanos míos: Imitadme, y observad con cuidado á lo que se conducen segun el modelo que teneis en mí; porque muchos viven como aquellos, de los cuales os decia yo con frecuencia, y lo digo todavía ahora con las lágrimas en los ojos, que son enemigos de la cruz de Cristo; cuyo fin es la muerte eterna; que no tienen otro Dios que su vientre; que se glorían de su propio deshonor; que no tienen gusto sino en las cosas terrenas. Por lo que hace á mí, mi trato es con

el cielo de donde espero al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, que dará á mi cuerpo tan abyecto por sí mismo una forma enteramente nueva, hasta hacerle semejante á su cuerpo glorioso, en virtud de aquella accion por la que puede ejercer su imperio sobre todas las cosas. Y así, hermanos míos carísimos, vosotros que sois el objeto de mis deseos, mi gozo y mi corona, permaneced, como estais, amadísimos míos, constantemente unidos al Señor. Pido también á Evodia y ruego á Syntica que tengan unos mismos sentimientos en nuestro Señor; y á tí también, mi fiel compañero, te suplico que las asistas, porque ellas han trabajado conmigo, y me han ayudado en el ministerio evangélico con Clemente y los demás compañeros de mis trabajos, cuyos nombres están en el libro de la vida.

NOTA.

San Policarpo, en la carta que escribe á los Filipenses, parece asegurar que san Pablo les habia escrito muchas cartas; pero es constante que no les escribió mas que esta. Es bastante ordinario en todas las lenguas el hablar en plural tratándose de una sola carta.

REFLEXIONES.

Porque muchos viven como aquellos, de los cuales os decia yo con frecuencia, y lo digo todavía ahora con las lágrimas en los ojos, que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es la muerte eterna. No presenta san Pablo en el retrato tan espantoso que aquí hace, el de los libertinos públicos, de los impíos de profesion, de los enemigos declarados del cristianismo; es sí el de aquellos predicadores del Evangelio, el de aquellos cuyo aire devoto y aun austero imponia al público; doctores de una moral muy severa, que, no contentos con la sublime perfeccion de la ley de Jesucristo y con la santa severidad del Evangelio, querian imponer